

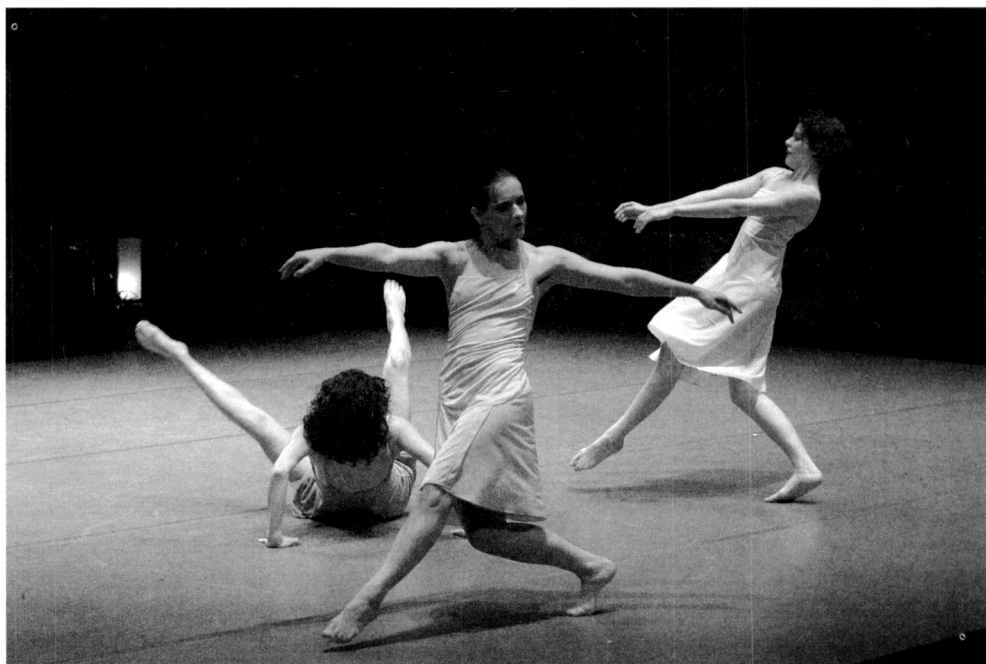
CÁDIZ TUVO LA PALABRA.

XIX FESTIVAL IBEROAMERICANO DE TEATRO DE CÁDIZ

Toni Vidal

En un artículo publicado en la revista *Entreacte* (n. 18, octubre del 2004, p. 8), editada por la Associació d'Actors i Directors Professionals de Catalunya, Gerard Vázquez —joven dramaturgo catalán— se preguntaba «sobre què parla la gent de teatre quan parla de teatre?» Su respuesta apuntaba a que la gente de teatro, al menos en su entorno, acostumbra a charlar sobre cuestiones bastante pragmáticas, alejadas de preocupaciones artísticas o éticas: «subvencions, produccions, pressupostos, bolos, caixets, quanta gent hi ha avui, seguretat social, excepcions...» Evidentemente, preocuparse por la subsistencia es algo muy lícito, y más en los tiempos que corren. Seguramente en menos ocasiones que Vázquez, también he sido testigo de estas conversaciones tan prosaicas, y estoy de acuerdo con él en que es preocupante que estos sean los principales temas de discusión de los teatristas catalanes —excepciones a parte— y que, en cambio, tan pocas veces se hable de los últimos espectáculos vistos, de opciones estéticas, de dramaturgia o de los temas a tratar en un escenario. Todo esto es sintomático de la situación de consumo minoritario que viven las artes escénicas, de esa distancia con que la sociedad las contempla. El objetivo que mucha gente de teatro defiende, es decir, que este arte consiga convertirse en un arte necesario para la gente —como lo es el cine—, será difícil alcanzar mientras las preocupaciones de la mayoría de los profesionales sean las que apunta Vázquez; por tanto, esa necesidad de ir al teatro será tan solo una quimera.

Entre el 21 y el 30 de octubre tuve la suerte de participar del XIX Festival Iberoamericano de Teatro de Cádiz (FIT). Este interesante encuentro, que reúne espectáculos y teatristas de ambas orillas del Atlántico, permite acercarnos a la realidad teatral Latinoamericana, por desgracia no suficientemente conocida. Participaron compañías de Argentina, Bolivia, Brasil, Colombia, Costa Rica, Ecuador-Puerto Rico, México, Portugal, Uruguay y, como no, de España. Pero el FIT no es sólo un escaparate del teatro iberoamericano, sino que se convierte en un punto de encuentro, de debate y de reflexión. Pepe Bablé, su director, me comentó que uno de sus objetivos es dar cierto carácter congresual al festival. Puedo certificar que lo consigue. Todos los participantes —actores, directores, críticos, etc.— nos alojamos en la residencia Tiempo Libre, y este acogedor edificio se convirtió en un espacio ideal, que invitaba al diálogo, al intercambio y, también, a la diversión. Fue un placer y un privilegio poder ver los espectáculos programados en el FIT, y una vez terminados, desplazarse a la residencia y tener la posibilidad de conversar con sus protagonistas. Charlar tranquilamente con personalidades tan destacadas como Roberto



Mundo perfumado, del Grupo de Dança Primeiro Ato (Brasil), dirigit per Suely Machado. El grup va actuar al Festival Iberoamericano de Teatro de Cadis, del 21 al 30 d'octubre de 2004.
(Manuel Fernández)

«Tito» Cossa, prestigioso dramaturgo argentino, o con Santiago García y Pátricia Ariza, almas impulsoras de La Candelaria de Colombia. Y también, y sobre todo, compartir dilatadas veladas con los jóvenes actores y creadores de los distintos elencos participantes. Especialmente enriquecedor fue acercarse a las experiencias artísticas de los componentes de los grupos colombianos Explose y Teatro de La Candelaria, ya que la dura realidad de su país se transforma en el escenario en un arte muy comprometido y vital; conocer a los componentes del grupo uruguayo Trenes y Lunas y descubrir su pasión por el teatro; conversar sobre danza con los bailarines de Primeiro Ato, una espléndida compañía brasileña que nos ofreció un espectáculo lleno de sensibilidad y virtuosismo; participar del entusiasmo por el teatro de Tian Gombau de El Teatre de l'Home Dibuijat, y enriquecerse con su enorme vitalidad y humanidad. También fueron sumamente gratificantes los encuentros con otras personalidades invitadas presentes en la residencia. Como por ejemplo, Júver Salcedo, director de teatro uruguayo, antiguo miembro de El Galpón y fundador del Teatro La Gaviota de Montevideo. Junto a él, Iolanda del Cioppo, viuda de Atahualpa del Cioppo, que nos obsequió con las anécdotas vividas al lado del gran director y teatrista uruguayo. Sin olvidar la figura de Juan de la Zaranda, un hombre con una humanidad, sabiduría vital y gracia desbordantes. Y todo esto, por si fuera poco, en un entorno de exquisita

hospitalidad y acompañado del inagotable salero gaditano de los organizadores y colaboradores del evento. Todo un lujo.

En este espacio de charla y discusión pude constatar que para toda esta gente hablar de teatro es hablar de contenidos, de lenguajes, de intenciones, casi nunca de dinero. Cuando se trató la cuestión monetaria, fue para hacer mención del despilfarro que apreciaban (ellos que están acostumbrados a trabajar con pocos recursos) en algunos de los espectáculos españoles que allí se vieron. Se asombraban no tanto por el hecho de gastar mucho dinero en una puesta en escena, sino por la nula eficacia de esa inversión para llenar de contenidos los montajes. Con relación a algunos montajes, creo que tienen razón.

Después de participar en este festival y tener la oportunidad de ver propuestas de ambos lados del Atlántico, una impresión me queda muy clara: nuestro teatro dedica demasiada atención, a veces, a aspectos superfluos. Y lo que es aún peor, es que esto acaba siendo perjudicial para el mismo espectáculo porque la esencia, lo importante que se desea comunicar, queda sumergido entre parafernalias inútiles. No es, sin embargo, algo generalizado, sino una tendencia. En un programa radiofónico catalán, hace unos días, se reunieron gentes de la profesión teatral para debatir sobre la situación del teatro en Cataluña. La mayor parte del tiempo se habló de cuestiones monetarias: de subvenciones, de costos, de entradas... Ya tenía claro, antes de ir a Cádiz, que gastarse más dinero en un montaje no garantiza un producto mejor. Pero después de participar en el FIT me asalta una duda: me pregunto si siguiendo por este camino no ocurrirá lo contrario, y el exceso de dinero acabará estropeando el teatro. Gerard Vázquez apuntaba bien con su pregunta.

Pero volvamos al programa del FIT. La oferta teatral del festival se complementó con todo un abanico de actividades paralelas. Un lugar destacado lo ocupa el VIII Encuentro de Mujeres de Iberoamérica en las Artes Escénicas: Poética de la Escena. Este encuentro permitió, a través de talleres, conferencias y debates, acercarse a las artes escénicas desde problemáticas e intereses propios de la mujer. También se inauguraron dos exposiciones en el Baluarte de la Candelaria. Por un lado, «Clásicos en el Ballet Nacional de España: vestir el movimiento», un recorrido por la historia de esta compañía a través de los trajes, bocetos, fotografías y carteles de la misma allí expuestos. La segunda mostraba las fotografías publicadas en el libro *Teatro de Títeres de Cádiz. El nacimiento de Tía Norica*. La presentación de publicaciones teatrales también tuvo su espacio en el festival. Destaca la presentación del libro *Atahualpa del Cioppo: un hombre para pensar*, de Fabio Guerra, un merecido trabajo que reivindica la figura y la trayectoria del gran maestro uruguayo. Los premios y homenajes también hicieron acto de presencia. Se entregó el V Premio FIT de Cádiz «Atahualpa del Cioppo», a título póstumo, a Enrique Buenaventura, que fue recogido por su hijo. Se homenajeó a Albert Boadella y su «banda», Els Joglars, como reconocimiento a su trayectoria, marcada por un trabajo coherente, en muchas ocasiones brillante, y honesto en su conjunto. Este homenaje se completó con la proyección, en la programación del festival, del largometraje-documental *El alma de los juglares*, de José Miguel Medina Gallego. Rafael Spregelburd recibió el premio Tirso de Molina 2003 por su obra *La estupidez*; el acto de entrega fue presentado por José Luis Alonso de Santos, autor y miembro del jurado. Finalmente, dentro de este magma de actividades diversas, caben destacar los foros y debates diarios que se realizaron, en horario matutino, en la misma residencia Tiempo Libre. Estos espacios de diálogo

se desarrollaron en torno a algunos de los grupos participantes, a excepción de un coloquio especial que se dedicó a la figura de Enrique Buenaventura y la creación colectiva. Esta decimonovena edición del FIT de Cádiz, como se señala en la primera página de su programa, estuvo dedicada a Dulce Chacón, Lecsy Tejada, Raquel Revuelta y al citado Enrique Buenaventura.

En las tablas

El Festival Iberoamericano de Teatro de Cádiz es una oportunidad única, sin duda, para presenciar algunas de las compañías más importantes e interesantes del panorama teatral latinoamericano. Esta edición no fue una excepción. Junto a éstas, pudimos ver también algunos grupos muy significativos de la Península. También destacó la programación de teatro de calle, con una presencia importante y de notable calidad.

La danza fue, desde mi punto de vista, la disciplina que alcanzó la excelencia en esta edición. Los colombianos de L'Explose, una fundación creada en París en 1991 como resultado de una intensa investigación en el campo de la danza contemporánea —después trasladada a Bogotá— presentó *La mirada del avestruz*. Este espectáculo se sumerge en las sensaciones y las luchas de unos individuos marcados por la cotidianidad de la violencia y de los desaparecidos, por la desesperación de no ser escuchado por nadie. Por un momento nos trasladaron con su trabajo a una realidad convulsa y difícil como es la colombiana. El espectáculo está cargado de energía, de emotividad y, sobre todo, de entrega. Tino Fernández, asturiano afincado en Bogotá, es el director y coreógrafo de la compañía, y cuenta con la complicidad eficaz de Juliana Reyes en las labores de dramaturgia, para dar forma a esta «mirada» estremecedora de la sociedad colombiana. *Mundo perfumado*, del grupo de Belo Horizonte Primeiro Ato, que tiene una trayectoria de veintidós años, fue otra de las grandes sorpresas del FIT, ya que nos ofreció un espectáculo de extrema sensibilidad. Con dirección artística de Suely Machado y concepción y coreografía de Alex Dias, en este *Mundo perfumado* pudimos sentir y emocionarnos, gozar de un trabajo de bellísima factura, gracias, sobre todo, al quehacer de sus excelentes bailarines. Un espectáculo fraccionado, donde cada parte circula entre el sentir y el ser, donde se representa lo trágico y lo cómico, lo bello y lo grotesco, y todo en un constante proceso de reformulación, de aprendizaje.

Los espectáculos de danza del Estado español, exceptuando el de Producciones Imperdibles, nos dejaron menos satisfechos. Sol Picó y su *Paella mixta* no brillaron, en su paso por Cádiz, como era de esperar, sobre todo después de haber presenciado sus excelentes trabajos anteriores, *Bésame el cactus* y *La dona manca o Barbie Superstar*. Su *Paella mixta* parte de la mezcla de lenguajes artísticos para profundizar, desde estos distintos mundos creativos, en torno a la muerte. Aunque la puesta en escena es más que correcta, el espectáculo no acaba de arrastrar al espectador. Aun así, tiene algunos momentos especialmente brillantes, como el duelo de titanes que se desarrolla en una plataforma elevada del suelo, entre un bailar y Sol Picó. Otro espectáculo que no acabó de funcionar fue *Mudéjar*, con el que se inauguró el festival. Se trata de un intento de reflejar el mestizaje de la cultura hispana, a partir de un baile donde se dan la mano

la jota y el flamenco. Este montaje de la Compañía de Miguel Ángel Berna —él es también director, coreógrafo y bailarín principal— es de buena factura pero no desata pasiones. Berna, en su baile, sustituye el zapateado por las castañuelas, pero convierte la pasión del flamenco en algo demasiado liviano, sin fuerza. Al final, lo mejor acabó siendo la banda de músicos que acompañaba a los bailarines en el escenario. Así lo reconoció también el público y desde la platea se escuchó al finalizar la función: «vaya peaso de banda, quijol!» En el apartado de teatro de calle se presentaba, en la plaza de la Catedral, un espectáculo de danza de gran interés, *Caleidoscopio*, de la compañía sevillana Producciones Imperdibles. Eran breves solos de unos diez minutos ejecutados dentro de un recipiente donde todo eran espejos, el suelo y las paredes laterales. El público se situaba alrededor del espacio, en una plataforma elevada unos dos metros. Esta distribución del espacio creaba un juego de imágenes e ilusiones de una belleza y originalidad espectaculares. Producciones Imperdibles basa sus trabajos en la transformación de espacios urbanos, en la creación de nuevos espacios para la danza y, en definitiva, en la búsqueda de otras formas de contemplarla. Durante los tres días que actuaron en Cádiz se formaron largas colas para poder ver sus coreografías caleidoscópicas.

En lo que a teatro se refiere, la calidad e interés de los espectáculos presentados fue notable, empezando por las propuestas de teatro de calle que se programaron. Además de la ya mencionada Producciones Imperdibles, se pudieron ver cinco compañías más. Pujal Teatro Aéreo, grupo argentino que presentó *El K@smos*. La compañía portuguesa Teatro Ka, con *Asas do destino*, nos deleitó con su danza en zancos, un espectáculo sobre la muerte, simple pero muy poético. Desde Castellón el Teatre de l'Home Dibuijat llegó con su *Teatro de bolsillo*, en el que Tian Gombau, en un ejercicio impecable de dominio de la escena y gracias a su versatilidad y a una expresividad fuera de lo común, hizo un repaso de la historia del teatro en sesenta minutos. También actuaron, aunque por desgracia no pude verlos, El Carromato, con el *Carromágiko*, y Xirriquiteula Teatre con dos espectáculos, *Jirafas* y *La Señora Pri y Mister Pop*.

Estuvieron en Cádiz grandes nombres del panorama teatral latinoamericano. Uno de éstos es, sin duda, Teatro de la Candelaria. Con una trayectoria cercana a los cuarenta años, y con Santiago García y Patricia Ariza a la cabeza, esta compañía de Bogotá es todo un referente, no sólo del teatro colombiano, sino también de toda Latinoamérica. *Nayra*, el espectáculo presentado en Cádiz, es una creación colectiva que les llevó en prepararlo unos dos años de trabajo. El proyecto nació en San Juan de Chamula, en Chiapas (México), a raíz de una estancia del grupo. Hay, en esa ciudad, una iglesia en ruinas que es utilizada para todo tipo de ceremonias, donde se mezclan rituales y creencias de distintos orígenes y procedencias. Es un espacio de sincretismo cultural y religioso en estado puro. Teatro de la Candelaria nos ofrece un viaje, a través de sugerentes imágenes, al mundo del subconsciente, individual y colectivo. *Nayra* es una palabra aymará con diversos significados (*ojo, anterior, primero, temprano*), en este caso Teatro de la Candelaria lo asocia a la memoria. *Nayra* es un ritual escénico, donde cada uno de los actores-oficiantes ha puesto mucho de sus experiencias, de sus miedos y de sus anhelos durante el proceso de creación. Cientos de improvisaciones han conformado el material a partir del cual Santiago García ha tejido este espectáculo. *Nayra* es una ceremonia donde tienen cabida todas las tradiciones mitico-religiosas propias de los pueblos amerindios, a las que se añaden otras tradiciones y otras creencias llegadas con otros pueblos. *Nayra* es un espacio de memoria colec-

tiva por donde discurren —con cada personaje y con cada imagen— sueños, anhelos, miedos, dolor, misterio e incluso esperanza. Es un espectáculo tan interesante como inquietante, al menos visto desde este lado del Atlántico.

La Compañía Nacional de Teatro del Instituto Nacional de Bellas Artes de México, fundada en 1977, representó en Cádiz *Albertina en cinco tiempos*, de Michel Tremblay, con dirección de Alberto Lomnitz. Albertina, a solas en la habitación de su asilo, dialoga con sus edades, o sea, con ella misma en cuatro momentos de su vida. Excepcionales, en este montaje, las interpretaciones de Ana Ofelia Murguía y Angelina Peláez. Otros de los nombres ilustres del teatro latinoamericano llegaban desde Argentina. Roberto «Tito» Cossa, Ricardo Monti y Eduardo «Tato» Pavlovsky, tres nombres ilustres del teatro argentino, firmaban el espectáculo *Yo manifiesto*. Éste es un encargo del festival en un intento de recuperar el «teatro de ideas». El resultado, con algunos momentos brillantes, no acabó de cuajar en su conjunto. Otro de los teatristas importantes llegados de Argentina fue Rafael Spregelburd que, de la mano de El Patrón Vázquez —grupo fundado en 1994 por él y Andrea Garrote—, presentó dos de sus últimos textos, *La estupidez* y *La modestia*. Los dos pertenecen a un proyecto conjunto «La heptología», del cual también forman parte dos textos anteriores de Spregelburd: *La inapetencia* y *La extravagancia*. *La estupidez* es una *road movie*, casi inverosímil, donde se puede percibir un interesante trabajo de búsqueda en torno a diferentes géneros teatrales y también sobre diferentes procedimientos dramáticos. Spregelburd juega con múltiples estilos y recursos para hilvanar y tensar el argumento hasta tal punto que los acontecimientos terminan por aparecernos como incomprensibles, como absurdos, eso sí, una absurdidad vestida con buenas dosis de humor e ironía. La fuerza del texto y el excelente trabajo de los actores, todos ellos desarrollando varios roles, hicieron que las más de tres horas que duró el espectáculo fueran soportables, sobre todo teniendo en cuenta que estuvimos sentados en una gradería metálica.

Teatro de los Andes de Bolivia, dirigido por César Brie, es otro de los grupos de reconocido prestigio en Latinoamérica. En Cádiz vimos su espectáculo *En un sol amarillo*, una amarga y emotiva reflexión sobre el sufrimiento de las gentes humildes. Bolivia sufrió, en 1998, un terremoto que golpeó duramente el país y, como acostumbra a pasar en estos casos, las comunidades indígenas de la zona afectada fueron las que más padecieron sus efectos. El montaje de Teatro de los Andes tiene su origen en este hecho y en el posterior robo y desvío de fondos procedentes de las ayudas gubernamentales. Es un espectáculo claramente de denuncia. En la primera parte, nos acercamos al sufrimiento de las gentes, al dolor causado por la muerte de los seres queridos y la desesperación de sentirse despojado de todo. Consiguieron emocionarnos con las historias que nos contaron y lo hicieron con una puesta en escena basada en la economía de recursos, aunque, a la vez, de una originalidad sorprendente. Consiguieron generar grandes dosis de ilusión y de magia teatral, gracias a un trabajo de enorme sensibilidad. La segunda parte, centrada en la acción corrupta de políticos y funcionarios, no alcanza los niveles poéticos de la primera. Pero con todo, el espectáculo resiste y termina por hacer llegar a la platea el desasosiego y el dolor de la gente humilde. Un montaje donde se nos muestra cómo la mezquindad humana se multiplica cuando se producen situaciones límite. Un espectáculo muy crítico y rico en contenidos. La puesta en escena, aunque algunos la calificaron de anticuada —teatro de los años sesenta, decían— a mí, que en los sesenta no podía ver teatro todavía, me pareció

excelente. Con unos elementos mínimos supieron construir los espacios necesarios, además de sorprender y conmover. *En un sol amarillo* tenía momentos tremendamente sugerentes y de gran belleza.

Otro de los espectáculos que tuvo una gran acogida en Cádiz fue *Los músicos*, de Nelson Flores, presentado por el grupo uruguayo Trenes y Lunas. Dirigidos por Ivan Solarich, discípulo de Atahualpa del Cioppo, los cuatro actores que forman el elenco nos regalaron unos momentos de gran sensibilidad. Tres músicos ambulantes y un perro eran los protagonistas, unos seres que esperan una salida a su situación marginal. Cada uno desde su mundo interior vive esa esperanza de forma distinta. Todos tienen puesta la mirada más allá de su entorno, y allí a lo lejos —léase extranjero— ven su salvación. Pero ésta está muchas veces bastante más cerca. Trenes y Lunas, como Teatro de Los Andes, juega su espectáculo con la baza de la sencillez. Con muy pocos elementos sabe construir la historia y lanzarla con fuerza hacia la platea. Su trabajo, basado en la explotación de los sentimientos e ilusiones de los personajes, llegó al público y emocionó.

Aristides Vargas, director del grupo Malayerba, de Ecuador, escribió el texto *Donde el viento hace buñuelos*, a petición de Charo Francés, actriz del mismo grupo, y de Rosa Luisa Márquez,



Rafael Spregelburd interpretant la seva obra *La estupidez*. L'espectacle va formar part del FIT de Cadis, celebrat entre el 21 i el 30 d'octubre de 2004.
(Manuel Fernández)

profesora y directora de teatro de la Universidad de Puerto Rico. Este espectáculo, del grupo Suda-K-Ribe, se presentó como una producción de Ecuador y Puerto Rico. En él dos mujeres, Catalina y Miranda, transitan por sus vidas y ponen en escena sus pequeñas y grandes tragedias, su desarraigo, sus exilios interiores. Memorable la interpretación de Charo Francés, una actriz con una portentosa presencia escénica y una excelente capacidad para transformarse y ofrecer los distintos personajes que interpreta.

Rubén Pagura, de Costa Rica, con *La originalísima historia del justiciero enmascarado*, cierra la lista de representantes llegados del otro lado del Atlántico. Su espectáculo, definido por el mismo autor como «una actualización irreverente pero respetuosa del Quijote», es excesivamente largo tratándose de un unipersonal. Aunque divertido en algunas escenas, en su conjunto se hizo algo monótono.

El retablo de las maravillas, de la compañía catalana Els Joglars, fue el espectáculo con más poder de convocatoria del FIT. El público llenó el Teatro Falla los dos días en que se representó. El montaje, en la línea de los trabajos de Els Joglars, aborda algunos aspectos de la sociedad contemporánea, dominada, según Boadella, por una serie de «cretinos que pueden vendernos la nada a costa del temor de sus semejantes a pasar por cretinos». El montaje, como es habitual en esta compañía, tiene una carga crítica importante, además de momentos de hilaridad y lucidez. Pero éste no es uno de sus mejores trabajos. Ya me lo pareció cuando lo vi en Barcelona, y en Cádiz lo constaté de nuevo. Tiene lagunas en su construcción dramática, le falla el ritmo y hay momentos en que aburre. Quizás en esta ocasión Els Joglars quieren hablar de demasiadas cuestiones —arte, política, religión e incluso gastronomía— y la dispersión pasa factura.

También en el Teatro Falla, pero con menos público, actuaron los también catalanes Sèmolà Teatre con su montaje *Centvinticin*. Creado y dirigido por Joan Grau, el espectáculo tuvo una fría acogida. El teatro de esta espléndida compañía no es fácil de ver para el gran público, pero también es cierto que éste no es uno de sus trabajos más logrados. Una serie de personajes metidos en una decrepita mansión van dejando entrever sus miedos, sus contradicciones, sus frustraciones. Todo ello a partir de un lenguaje dramático que prescinde del texto y que se sustenta en unas imágenes escénicas que se van encadenando y que quieren recrear un mundo simbólico capaz de estimular los sentidos y las emociones del público. El trabajo hecho es bueno en cuanto a la forma, pero le fallan los contenidos y el espectador acaba perdido ante esa multiplicidad de imágenes inconexas.

La compañía Axioma Teatro también estuvo presente en el FIT con su espectáculo *El compromiso*. La memoria, en este caso la memoria histórica, es el eje central del montaje. Una aparatosa escenografía presidía el escenario, y en ella seis «ventanas» donde se van reproduciendo secuencias de la historia que se nos cuenta. La guerra civil, el exilio, la dictadura, la represión, son los temas tratados, pero ni los muñecos, más bien fríos y sin vida, ni el lenguaje cinematográfico que se quiere implantar en escena consiguen transmitir el drama y la emoción que la bella historia requiere. En todo caso, cabe aplaudir *El compromiso* de Axioma Teatro con nuestro pasado y en contra de tantos injustos olvidos. Hay que destacar el admirable trabajo de los actores manipuladores. Después de la función pudimos contemplar los complejos mecanismos y la maquinaria que permitía los rápidos y constantes cambios de espacios en cada «ventana».

El *Quijote* también estuvo presente en Cádiz, de la mano del grupo L'om-Imprebís, en coproducción con Teatres de la Generalitat Valenciana, en versión de Juan Margallo y Santiago Sánchez. Se trata de un espectáculo de gran simplicidad en su puesta en escena, pero a la vez muy efectivo y bello, donde destaca el gran trabajo coral de los actores.

He dejado el comentario de *La historia de Ronald, el payaso de McDonalds*, de La Carnicería Teatro, para el final. Dicen que lo bueno se hace esperar. Me pareció, sin lugar a dudas, el espectáculo más destacable de este festival. No sería justo decir que fue el mejor por su puesta en escena, por su interpretación o por cualquier otro aspecto a valorar, ya que hubo otras propuestas del mismo nivel. Pero considero que en el teatro es tan importante lo que pasa en escena como lo que sucede en el patio de butacas y ahí, entre el público, al presenciar el montaje de La Carnicería Teatro, se desataron pasiones. Esa es su gran virtud. *La historia de Ronald, el payaso de McDonalds* fue el más impactante de los trabajos vistos en Cádiz y el que, con toda seguridad, dejó la huella más profunda entre los espectadores del FIT. Esta propuesta de Rodrigo García centró, la mayor parte del tiempo, las discusiones en el foro de participantes, celebrado en la residencia Tiempo Libre el penúltimo día del festival, para hacer una valoración del mismo. Esto demuestra, en parte, mis afirmaciones. Pero la verdad es que en el montaje de La Carnicería Teatro hay un trabajo espléndido. En primer lugar debemos hablar de los actores, que demuestran una gran profesionalidad y talento, y por si fuera poco con una entrega admirable. La utilización de los recursos audiovisuales y la capacidad de interrelacionar platea y escena son otros de los elementos sobresalientes. Rodrigo García, que defiende un teatro combativo con la democracia y que tiene una profunda convicción de la capacidad crítica de este arte, nunca deja a nadie indiferente en sus espectáculos. *La historia de Ronald, el payaso de McDonalds* es crítica, es irreverente, es provocativa, es directa y es también, como los seres humanos, contradictoria. En el foro antes mencionado se tachó al teatro de Rodrigo García de ser exclusivamente provocativo, como el que se hacía en los años setenta. Y esto se afirmó como diciendo que no estaba bien hacerlo, que este tipo de teatro ya estaba superado. ¿Es que ahora no se puede ser provocativo? Creo que se puede y se debe, y si además, como es el caso, se es crítico y se ofrece al público diversidad de lecturas y se provoca múltiples reflexiones, es todavía más necesario seguir haciendo este tipo de teatro. Además, hay que tener en cuenta otro elemento, del que he sido testigo en Barcelona cuando se presentan sus espectáculos: Rodrigo García tiene una gran capacidad de convocatoria entre los jóvenes —por algo será— y el teatro del futuro es «de» y «para» los jóvenes. Todo llegará, también a Cádiz, y después de éste mi primer año en el FIT, lo que deseo es estar allí de nuevo para vivirlo.